

862

PQ 6621

L.R.

03

V.14



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA ESPAÑA

3284

EL BUEN DEMONIO

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el
TEATRO LARA el 20 de Enero de 1911.

PERSONAJES

GLORIA (30 años).

DOÑA TULA (40 id.)

AURORA (30 id.)

JUANITA (30 id.)

ROSA (20 id.)

JOAQUIN (35 id.)

DON FAUSTINO (46 id.)

DON REVERENCIAS (50 id.)

LANZADEIRA (40 id.)

FEDERICO (30 id.)

LA ACCIÓN EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL; EN
SEPTIEMBRE.

Derecha e izquierda, las del actor

Las señoras vestirán trajes de calle, sin sombrero.
Los hombres de levita, menos don Faustino, que
llevará frac, y Joaquin y Federico de smokin.

ACTO PRIMERO

Una salita bien puesta y alegre. Al foro, saliente, un gran cierre de cristales, que da sobre el jardín. Al foro, derecha, una puerta de bajada al jardín. Puerta lateral derecha y dos a izquierda. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

La escena un momento desierta. Después, por izquierda, ROSA, que cruza hasta la puerta derecha, retrocediendo para dejar que entre FEDERICO.

ROSA.—Pase, pase, don Federico.

FED.—(*Tocándole la cara.*)—Buenas noches, Rosita.

ROSA.—(*Dándole un manotazo.*)—¡Estese quieto!

FED.—¿Ya...? Eso no está bien: no se debe sospechar tan pronto que hay malicia en un saludo.

ROSA.—¡Como siempre hace usted lo mismo!

FED.—¿Lo ves...? ¿Qué picardía puede existir en lo que se hace siempre? Ninguna.

ROSA.—Bueno, bueno: haga usted el favor de saludar de otro modo.

FED.—Serás complacida, pero no te quejes si empeoro.

ROSA.—(Seria.)—¡Vaya...!

FED.—¿Ha venido alguien?

ROSA.—Nadie todavía.

FED.—Lo siento. Mi ideal es llegar el segundo.

ROSA.—No empiece a disparatar.

FED.—Hace años tuve una novia que se llamaba Filomena; no, Matilde; no, Laura...

ROSA.—Lo mismo da.

FED.—Daban lo mismo, sí. El caso es que tuve una novia... y me dijo: «Tú eres mi primer amor, Federico, ¡figúrate si te querré...!» Figúrate si a mí me gustaría eso. Bien, pues al poco tiempo de romper nuestras purísimas relaciones supe que efectivamente había sido yo el primer novio... ¡pero el primer novio tonto!

ROSA.—¡Válgame Dios...!

FED.—*Alguna vez la encuentro por el mundo —y pasa junto a mí —y pasa sonriéndose... y yo digo: ¡tienes muchísima razón, hijal!*

ROSA.—(Marchándose.)—Con su permiso.

FED.—Un momento. Hoy estás monísima, Rosita.

ROSA.—(Riendo.)—Milagro...

FED.—Lo eres continuamente, ya lo sé, pero todos tenemos unos días mejores que otros; y tú tienes algunas noches mejores que muchos días.

ROSA.—Será la luz...

FED.—Es posible, aunque sin luz yo no te he visto nunca. ¡Ay, Rosita, si no fuera esta pasión que me consume...!

ROSA.—¿Por la señorita Gloria...?

FED.—Esa es otra pasión. No puedo revelarte el nombre, pero tú lo sabrás: no sé qué tienen los secretos que los sabe en seguida todo el mundo.

ROSA.—Con su permiso...

FED.—No te marches...

ROSA.—Van a reñirme por culpa de usted.

FED.—Ojalá, Rosita, ojalá.

ROSA.—Vaya, vaya...

(Mutis por derecha.)

FED.—Para las señoras es un peligro muy grande esto de tener criadas guapas: entrenan demasiado a las visitas.

ESCENA II

FEDERICO, DOÑA TULA por derecha.

TULA.—¿Qué hace usted solo aquí, Federico?

FED.—Nada, señora. Generalmente yo no hago nada solo... porque...

TULA.—¡Basta!

FED.—¿Sí...?

TULA.—Tengo la desgracia de comprender a media palabra.

FED.—En eso, los dos somos igualmente desgraciados.

TULA.—¿Habrá usted sufrido mucho...?

FED.—(Cómico.)—¡Oh...!

TULA.—Para quien tenga corazón la vida es horrible.

FED.—Tremenda. Yo estuve en amores con una muchacha que se llamaba Isabel; no, María; no, Petra...

TULA.—¡No diga usted más, Federico!

FED.—¿No...?

TULA.—¡He comprendido ya! El amor de usted; la traición de ella; el dolor de usted; la burla de ella; el odio de usted; la...

FED.—Y así sucesivamente, sí, señora.

TULA.—(Dándole la mano.)—¡Pobre amigo mío... pobre Federico! ¡Lo que usted habrá pasado...!

FED.—¿Con ella?

TULA.—No, sin ella.

FED.—También. Horrores, doña Tula, horrores.

TULA.—No hay más que calamidades. Ahora vengo de casa de Asunción Rosales, una mujer tan buena, tan dichosa... que parecía tan dichosa, pues angustiadísima la dejo. Se le murió la pobre Fifi esta madrugada!

FED.—¿Fifi...?

TULA.—La perrita.

FED.—¡Qué dolor de perral! ¿Y cuál, cuál era? Porque tenía varias.

TULA.—La mayor.

FED.—Dispense usted que insista en averiguar, pero lo inesperado de la noticia me trastornó y armé un poco de lío entre las perras de doña Asunción y otras perras de mi amistad. ¿La mayor...?

TULA.—Inglesa, con el hociquito blanco...

FED.—¿Una que mordía...?

TULA.—¡No, no!

FED.—Es lástima que no haya sido esa. Pero ya no hay remedio, doña Tula; deplorémoslo y que... y que... ¿cómo se dirá la última lamentación a un perro sin que resulte depresiva para los hombres...? Que en paz descansa no me parece oportuno...

TULA.—¡No!... Diga usted... ¡pobre animal!

FED.—Eso tampoco: se presta a confusiones. Antes ha dicho usted: ¡pobre Federico...! y suena muy parecido.

TULA.—No se compare usted...

FED.—No, señora, no.

ESCENA III

DICHOS: DON REVERENCIAS, por derecha.

REV.—(*Haciéndolas.*)—Doña Tula...

TULA.—Amigo mío...

FED.—Hola, don Reverencias. Otro de los hombres que más han sufrido en este mundo... para cobrar sus créditos. Cada vez que pone una demanda contra algún deudor creo que es una amargura...

REV.—Agradable no es, y tampoco lo voy a perder.

FED.—No. Y ahora las Cortes, con esa ley de usura, le causaron un nuevo dolor: obligan a poner el doce por ciento de interés.

REV.—(*Triste.*)—El doce...

FED.—Y es lo que dice don Reverencias, demostrando sus filantrópicos sentimientos: a esos infelices que acuden a nosotros...—a ellos, ¿eh?—en un momento de apuro y de miseria, ¿para

qué imponerles el doce más? ¿No les bastaba con el sesenta que les cobramos?

TULA.—¿El doce será el máximo que señale la ley...?

FED.—Y estos lo cumplen añadiéndolo a los sesenta: total setenta y dos... y alguna pequeñez.

REV.—Don Federiquito se complace en estas inexactitudes, que yo le tolero porque me consta que no hay ánimo de molestar.

TULA.—¿Quién lo duda?

FED.—¡Alto, alto! Usted perdonará mis palabras, pero maldito si perdonó un céntimo cuando tuve que liquidar aquel pico... de Tenerife, que aún le llevo clavado en el alma.

REV.—El dinero no era mío...

FED.—Conozco la canción.

REV.—Y sobre todo, joven, hágame usted el favor de fijarse en que yo lo cobré una vez y usted lo dice quinientas.

FED.—Y las que faltan. Esa es mi venganza, don Reverencias, y le perseguiré a usted hasta la tumba, por lo menos.

REV.—(*Sonriendo forzosamente: a Tula.*)—Qué bromista es...

TULA.—No diga usted más... Comprendo a media palabra.

REV.—¡Y éste que las dice enteras!

FED.—Y ya tengo redactado el epitafio de usted... ¡Aquí yace don Reverencias: dejó de prestar el día tantos de tantos... que Dios le haya liquidadol

REV.—(*Tragando quina.*)—Qué bromista es...

FED.—(*Dándole una palmada.*)—Aparte de todo, le estimo a usted mucho.

REV.—Y yo le correspondo a usted, joven, también aparte (*A Tula*) pero como vuelva a caer en mis manos...

TULA.—Comprendo, comprendo...

FED.—Que en lo restante es usted una buena persona.

REV.—(*A Tula.*)—También él. No tiene otro vicio que el de pedir dinero: los demás los sostiene él mismo.

TULA.—Bueno es siquiera. Y aún ha de heredar a sus padres...

REV.—No, señora: les heredaremos nosotros. Es decir, yo, una insignificancia.

ESCENA IV

DICHOS y GLORIA, por izquierda.

GLO.—(*Saludando.*)—¿Por qué no pasaban ustedes...? Nadie avisó.

FED.—Nos entretuvo don Reverencias, que dice cosas muy razonables.

REV.—No las digo, ya lo sé; pero a veces tampoco las oigo.

TULA.—(*A Gloria.*)—No quise entrar porque estaba solo Federico y no me satisface que le escuches. Es tan desvergonzado...

GLO.—También las suelta habiendo gente...

TULA.—Sí, pero entre muchos, toca a muy poca vergüenza para cada uno.

GLO.—Claro está que le preferiría más comedido, pero en una tertulia, como la mía, de una docena de personas, ha de tenerse cierta libertad, porque si no es muy seria de más. Y a mí no me desagrada un poquito de sal en la conversación.

TULA.—¡Pero eso de volcar el salero, como Federico...!

GLO.—En algunas, todo se reduce a no entenderlas.

TULA.—Estás muy desamparada, Gloria; debías casarte.

GLO.—(*Riendo.*)—¿Yo...? ¿Volver a casarme...?

FED.—(*Acercándose.*)—¡Nunca! A no ser conmigo... y tampoco se lo aconsejo a usted.

REV.—A usted le convendría una persona formal, sería...

FED.—Al setenta y dos por ciento; yo le buscaré a usted uno así.

GLO.—La más indicada para casarse eres tú.

TULA.—(Avergonzada.)—¿Yo...?

FED.—(A Reverencias.)—Hace ya tiempo que está con esa indicación.

TULA.—Te lo digo lealmente: en tu situación y en tus circunstancias, joven, rica, viuda, sin parientes...

GLO.—Sin nadie.

TULA.—Debías contraer segundas nupcias.

FED.—Ahora se llama reestreno.

GLO.—(Riéndole afectuosa.)—¡Federico...! No pienso en ello ni lo rechazo en absoluto. El tiempo dirá lo que ha de ser.

FED.—Hay esperanzas, don Reverencias.

REV.—Cuidese usted de lo suyo, joven, y deje tranquilo a los demás.

FED.—Lo de los demás también es de usted... y no se incomode usted conmigo cuando se lo recuerdo, porque sería una ingratitud.

REV.—(Incomodado.)—Bueno.

FED.—(Acercándosele como si fuera a hablar en voz baja, pero diciéndoselo en alta voz.)—Lo digo por lo de mis cuatro pagarés.

REV.—¡Bueno, buenol

FED.—Hasta la tumba, don Reverencias.

REV.—Yo lo cobré, pero yo lo pago. Si este joven amaneciera un día en las Indias... o envenenado... o cualquier otro sucedido de esta índole... ¡qué descanso tan grande para mí!

FED.—Deseche usted esas dulces ilusiones: seré yo el que acabe con usted.

GLO.—(Sonriéndole.)—¡Vamos, Federico, vamos!...

TULA.—Comprendo la situación de usted, amigo mío.

REV.—Pero yo no mejoro nada conque usted la comprenda.

GLO.—(A Federico.)—Venga usted aquí, a mi lado.

FED.—Toda la vida. Y si no fuera por la otra pasión...

GLO.—¿Quién es?

FED.—Secreto impenetrable.

GLO.—¿Cómo es?

FED.—¿Por dónde empiezo?

GLO.—(Riendo.) Usted sabrá... (Dándole la mano.) Lo esencial es que esa otra pasión aleja la nuestra y nos permite ser muy buenos amigos.

FED.—(Reteniendo la mano de Gloria.) Muy verdadero y muy leal.

GLO.—Ya lo sé.

FED.—Pues no hay más que ponerlo a prueba.

ESCENA V

DICHOS: JOAQUIN, por la derecha.

JOA.—*(Que se detuvo al verlos cuchicheando y cogidos de la mano: muy fosco.)* Buenas noches.

GLO.—*(Afectuosa.)* ¿Qué tal, Joaquín?

JOA.—*(Secamente.)* Bien.

GLO.—¿Venimos de mal humor?

JOA.—No.

(Se aleja para saludar a Tula.)

FED.—*(Aparte a Gloria.)* Si acaso demostrara celos de mí, no los disipe usted demasiado pronto: que se lo crea un ratito y eso me dará importancia.

GLO.—No hay nada entre él y yo.

FED.—¿Se acabó?... ¿Sí?... Lástima, porque la quiere a usted mucho y es muy buen chico...

GLO.—Sí, sí. Todo eso y más. Pero Joaquín es de los que no saben reír ni se explican la risa de los demás. Tiene un carácter muy arrebatado, y se hace infeliz y hará infeliz a quien viva con él.

FED.—En la Universidad le arreó de bofetadas a un condiscípulo porque sacaba consecuencias poco limpias de que Isabel la Católica no llevara más que una camisa en su equipaje.

GLO.—Riñe con todos y por todo. Cuando está aquí tiemblo.

FED.—Y me contaron que después estuvo un poco de tiempo resentido con ella.

GLO.—¿Con quién?

FED.—Con Isabel... porque no le puso una tarjeta agradeciéndole la defensa.

GLO.—¡Quite de ahí... quite de ahí...

TULA.—*(Alzando la voz para generalizar la conversación.)* Joaquín está enterado de lo que ocurrió con la Luisa Valén.

GLO.—¿Quién es Luisa Valén?...

FED.—Una señora que tiene un apellido histórico.

GLO.—¿Histórico?... ¿Muy antiguo?

FED.—No; muy moderno. La historia empieza en ella con sus historias.

GLO.—Calle...

FED.—Es la hermana de la condesa de Tier, aquella rubia pequeñita, delgaducha, que tiene tres hijos de dos maridos... no... dos hijos de tres maridos... ¡tampoco! una cosa de esas descabaladas...

GLO.—¡Calle, calle! ¿Qué decía usted, Joaquín?

JOA.—Quizás no le interese... Es un rasgo de corazón.

GLO.—¿Por no comprenderlo?

JOA.—Sencillamente por no interesarle, interrumpiendo conversaciones más gratas.

FED.—(A parte a Gloria.)—¡Celoso de mí! He crecido una cuarta... a mis propios ojos. Sentiré que los demás no me vean con la nueva estatura.

GLO.—(A Federico, riendo.)—Calle, hombre. Cuente usted, Joaquín...

JOA.—De la Luisa Valén, que es una mujer encantadora...

REV.—Porque se pinta...

FED.—Pues pintese usted...

GLO.—Federico...

JOA.—Estaba muy enamorado Antoñito Lezono, pero ella le rechazó siempre y no le valieron ruegos, ni constancias, ni nada. Así pasaron dos años: él adorando y ella esquiva.

TULA.—(A Reverencias.)—No lo comprendo, amigo mío, no lo comprendo.

JOA.—Un día, hace muy pocos, en una de esas borracheras de juego, tuve la fatalidad de perder catorce mil pesetas. No podía pagarlas en el

plazo angustioso de esa clase de deudas y el hombre estaba ya dispuesto a pagar con su vida.

REV.—(A Tula.)—¡Una estafal...

JOA.—No sé cómo lo supo la Luisa Valén; llevó a no sé dónde algunas de sus alhajas y luego fué en persona a rogarle que aceptara aquel préstamo.

TULA.—¡Qué hermosol! ¡Ahora sí que lo comprendo!

FED.—Hermosísimo. (A Joaquín.) Deme usted las señas...

GLO.—Es un arranque admirable. Fué a salvarle a él... y de paso a perderse ella.

JOA.—¿Verdad que eso lo harían muy pocas?

GLO.—Pocas. Mandar el dinero, tal vez; llevarlo, no.

JOA.—Se necesita mucha alma, mucha abnegación y mucho amor.

FED.—Y poca aprensión.

JOA.—Al contrario. Y no habrá quien diga que esa dama no es merecedora de todos los respetos...

FED.—(A Gloria.)—Ya estamos en la cuestión personal...

REV.—Diga usted, Joaquín, ¿sabe usted, por casualidad, a qué interés le facilitó ese dinero?

JOA.—¡Hombre, don Reverencias!...

REV.—Podía ser muy módico...

JOA.—Podía, si...

TULA.—(A Joaquín.)—¿Empezamos nuestro *bridge*?... (A Reverencias.) Venga, amigo mío, venga.

(Mutis por la primera izquierda Tula, Reverencias y Joaquín)

FED.—Pues yo he encontrado muy tierna esa historia de la Valén y de Antoñito Lezono. Si estuviera en mi mano, yo haría la felicidad de los dos.

GLO.—¡Que es casadal

FED.—Bueno. Pues de los tres.

GLO.—¡Federico!

FED.—La verdadera bondad no se retrae por que alcance a uno más.

GLO.—(Riendo.)—Que reñiremos...

FED.—Cuando usted quiera.

ESCENA VI

GLORIA y FEDERICO, AURORA por la derecha.

GLO.—Aurorita... ¿y tu hermano?

AUR.—Que le disculpe: hoy no puede acompañarme. Tiene que ir a La Peña... él dice que a

la Peña, en donde está citado con un amigo... él dice que con un amigo... y luego vendrá a recogerme. Ya verás cómo no viene.

GLO.—No seas mal pensada.

FED.—Y no acertarás. Oiga usted, Gloria, aunque descartemos a Joaquín, supongo que no se le ocurrirá a usted admitir a mi enemigo mortal, a ese rapavelas de don Reverencias?

GLO.—(Riendo.)—¿Está usted en su juicio?

FED.—Respiro.

GLO.—Para ese ya tiene señalado el destino su rumbo de amores con la doméstica, una ilustre fregona.

AUR.—Puede ser.

GLO.—De fijo. Los solterones y las gallinas acaban siempre a manos de las criadas.

FED.—Una muerte como otra cualquiera.

GLO.—Don Reverencias es amigo mío, sí, pero es una amistad algo a distancia. No acaba de inspirarme completa simpatía esta clase de hombres que andan siempre con los ojos puestos en Dios... y las manos en donde caigan.

FED.—¡Olé! Le daba a usted ahora mismo un abrazo sino fuera por cinco o seis razones, todas de usted y ninguna mía.

GLO.—¿Y a ti cómo te ha ido desde el otro sábado?

AUR.—Perfectamente.

GLO.—¿Y tu adorador?

AUR.—¿Quién?... ¿Lanzadeira?... Eso es un desatino.

GLO.—Ya, ya.

AUR.—Pero confieso que me entretiene cuando se incomoda: cuandose pone amoroso, no.

FED.—Es el hombre que dice las mayores he-regias con la mayor frescura imaginable.

GLO.—Si las hiciera sería un monstruo: como no hace más que decirlas, se ve que es un des-graciado.

AUR.—Ahora lleva unos días enojadísimo y hay que temblar... Mañana vamos a comer de campo: le diré que venga con nosotros.

GLO.—Ojo con esas bromas.

AUR.—(Riendo.)—¿Lanzadeira?... ¡Bah, bah!

FED.—Cuidado, Aurorita, que con motivos pequeños se llega a resultados muy grandes. Una conocida mía no quiso recibir jamás en su casa a otro conocido mío: por fin una vez entró, en el día del santo de ella para ofrecerle un reloj monisimo, que no era nada más que una atención. Bueno, pues ahora va todos los días para darle cuerda.

AUR.—Lanzadeira es inofensivo.

GLO.—Cuidado.

AUR.—No hay peligro.

ESCENA VII

DICHOS y ROSA, por la derecha.

ROSA.—Señorita, ahí está el demonio con su señora.

GLO.—(Riñendo.)—¿No sabes el nombre de ese caballero?

ROSA.—Don Faustino...

GLO.—¡Pues que no vuelva a ocurrir!... Diles que pasen.

(Mutis Rosa por la derecha.)

AUR.—Es el padrino de Joaquín. Me parece que están reñidos...

GLO.—Joaquín, sí. Don Faustino, no: le quiere entrañablemente.

FED.—¿Y viene por casualidad para hacer las paces?...

GLO.—No: viene para conocerme.

AUR.—¿No erais amigos ya?

GLO.—Eso mismo me dijo él, pidiéndome permiso para jugar aquí al *bridge*: «Ya que somos amigos, tendría mucho gusto en conocerla a usted...»